



La Santa Sede

JUAN PABLO II

REGINA CAELI

Domingo 23 de abril de 1989

Queridísimos hermanos y hermanas:

1. La reflexión sobre los dones del Espíritu Santo, que hemos comenzado en los domingos anteriores, nos lleva hoy a hablar de otro don: el de *ciencia*, gracias al cual se nos da a conocer *el verdadero valor de las criaturas* en su relación con el Creador.

Sabemos que el hombre contemporáneo, precisamente en virtud del desarrollo de las ciencias, está expuesto particularmente a la tentación de dar una interpretación naturalista del mundo; ante la multiforme riqueza de las cosas, de su complejidad, variedad y belleza, corre el riesgo de *absolutizarlas* y casi de divinizarlas hasta hacer de ellas el fin supremo de su misma vida. Esto ocurre sobre todo cuando se trata de las riquezas, del placer, del poder que precisamente se pueden derivar de las cosas materiales. Estos son los *ídolos* principales, ante los que el mundo se postra demasiado a menudo.

2. Para resistir esa tentación sutil y para remediar las consecuencias nefastas a las que puede llevar he aquí que el Espíritu Santo socorre al hombre con el *don de ciencia*. Es ésta la que le ayuda a valorar rectamente las cosas en su dependencia esencial del Creador. Gracias a ella –como escribe Santo Tomás–, el hombre no estima las criaturas más de lo que valen y no pone en ellas, sino en Dios, el fin de su propia vida (cf. *S. Th.*, II-II, q. 9, a. 4).

Así logra descubrir *el sentido teológico de lo creado* viendo las cosas como manifestaciones verdaderas y reales, aunque limitadas, de la verdad, de la belleza, del amor infinito que es Dios, y como consecuencia, se siente impulsado a traducir este descubrimiento en alabanza, cantos, oración, acción de gracias. Esto es lo que tantas veces y de múltiples modos nos sugiere el Libro de los Salmos. ¿Quién no se acuerda de alguna de dichas manifestaciones? "El cielo proclama la gloria de Dios y el firmamento pregona la obra de sus manos" (*Sal* 18/19, 2; cf. *Sal* 8, 2), "Alabad

al Señor en el cielo alabadlo en su fuerte firmamento... Alabadlo sol y luna, alabadlo estrellas radiantes" (*Sal* 148 1. 3).

3. El hombre, iluminado por el don de ciencia, descubre al mismo tiempo *la infinita distancia que separa a las cosas del Creador*, su intrínseca limitación, la insidia que pueden constituir, cuando, al pecar, hace de ellas mal uso. Es un descubrimiento que le lleva a advertir con pena su miseria y le empuja a volverse con mayor ímpetu y confianza a Aquel que es el único que puede apagar plenamente la necesidad de infinito que le acosa.

Esta ha sido la experiencia de los Santos; también lo fue –podemos decir–, para los cinco Beatos que hoy he tenido la alegría de elevar al honor de los altares. Pero de forma absolutamente singular esta experiencia fue vivida por la Virgen que, con el ejemplo de su itinerario personal de fe, nos enseña a caminar "para que en medio de las vicisitudes del mundo, nuestros corazones estén firmes en la verdadera alegría" (*Oración del domingo XXI per annum*).

Después del Regina Caeli

Un saludo cordial, junto con mi bendición, a todas las personas, familias y grupos de lengua española aquí presentes, que han querido honrar la memoria de los beatos Martín de San Nicolás y Melchor de San Agustín peregrinando hasta Roma.
